

La fuente y el centro

Hay en el hombre tres ámbitos de libertad y responsabilidad: la razón, la voluntad y el corazón. La razón y la voluntad son facultades exclusivamente espirituales. El corazón es una potencia a la vez espiritual y corporal.

Estos tres centros no son independientes. Solo se pueden desarrollar de forma integrada. Si uno de estos tres elementos se aísla, se corrompe y corrompe a todo el organismo humano. El racionalismo, el voluntarismo y el sentimentalismo son desequilibrios que paralizan al hombre y le hacen infeliz.

El corazón, al ser una potencia a la vez espiritual y corporal, es la parte más compleja, pero también la más rica de la personalidad humana. El corazón es el que experimenta la alegría. El corazón del hombre es su «yo» más íntimo. Y un hombre vale lo que vale su corazón.

Él es la fuente de la vida física y psíquica. También es la fuente de la vida espiritual. En este sentido, el corazón es el fundamento de la razón y de la voluntad.

Como fundamento de la razón aprehende de manera inmediata e intuitiva *los datos básicos del conocimiento*, el ser de las cosas, que no se puede demostrar lógicamente, pero que constituye el punto de partida del razonamiento.

Asimismo, como fundamento de la voluntad; proporciona de forma totalmente inmediata e intuitiva una dirección original y principal a la voluntad (la elección fundamental, con frecuencia inconsciente, entre el Creador y las criaturas, entre Dios y «yo»). El corazón no solo siente: él sabe, y quiere.

Un hombre sin corazón, un corazón vacío, no existe. El corazón, en cuanto fuente, no puede estar vacío: siempre está lleno. Tiene en él bien y mal, y, si el bien disminuye, el mal aumenta instantáneamente.

El corazón no es solo la fuente, también es el centro de la personalidad. Es el centro de nuestros afectos y nuestros amores: «Donde está tu tesoro, allí está tu corazón»¹.

De igual modo, es también el centro de nuestra relación con Dios: es ahí donde Dios actúa, aunque actúa también, secundariamente, en nuestra inteligencia y en nuestra voluntad. El corazón es el órgano de la comunión del hombre con Dios. «Dios está más cerca de nosotros que nosotros mismos», afirma san Agustín², porque solo Él sabe lo que pasa en las profundidades de nuestro corazón, y con qué sinceridad respondemos a sus inspiraciones.

1. Mt. 6, 21.

2. San Agustín, *Confesiones* 3.6.11.

El corazón ocupa un lugar privilegiado en la poesía, en la literatura, en la religión (particularmente en la Biblia). Ocupa un lugar preferente en ciertas tradiciones filosóficas, como la tradición rusa. Por ejemplo, Piotr Chaadayev, Vladimir Soloviev y Pavel Florenski son filósofos que han testimoniado (con sus vidas y con sus escritos) la importancia del corazón. Por contra, en la filosofía griega clásica y en la filosofía occidental (aunque hay algunas excepciones, como san Agustín, Blaise Pascal y Dietrich von Hildebrand), se ha comprendido mal lo que es el corazón y el lugar que ocupa —si es que ocupa uno— al lado de la inteligencia y la voluntad.

La filosofía griega es rica en intuiciones. Platón, con su teoría de las ideas, nos ha puesto en contacto con el otro mundo, el mundo eterno y divino del que procedemos y hacia el que regresamos. Aristóteles, con su teoría de las virtudes, nos ha explicado cómo desarrollar nuestra humanidad, cómo llegar a ser hombres y mujeres de una pieza. Sin embargo, ni Platón ni Aristóteles ven en el corazón del hombre una facultad espiritual distinta de la inteligencia y de la voluntad.

Aunque ha escrito cosas preciosas sobre el amor³, en su sistema filosófico Platón otorga al intelecto un lugar único, desorbitado. Por su parte, Aristóteles, si bien afirmó que el hombre virtuoso experimenta la alegría al hacer

3. Ver Platón, *El banquete* y *Fedro*.

el bien⁴, en la síntesis que realiza solo pone el acento en el intelecto y en la voluntad. El corazón, para él, se limita a la esfera fisiológica y psíquica, al mundo irracional que el hombre comparte con el animal. No es, para el Estagirita, una facultad espiritual.

La impresión que da la filosofía de la Antigua Grecia es la de haber transferido los atributos espirituales del corazón a la inteligencia y a la voluntad. En Occidente, antes del descubrimiento de las obras de Aristóteles, es san Agustín —el autor de «Las confesiones»— el que dirige los espíritus. Es claro que, para él, el corazón es una facultad tanto corporal como espiritual, aun negándole, como lo hace, un valor análogo al de la razón y la voluntad. Pero a partir del siglo XII es Aristóteles, con su visión minimalista del corazón, quien da el tono general en Europa. Habrá que esperar a Blaise Pascal, en el siglo XVII, para que la «cuestión del corazón» vuelva a figurar en el orden del día. Desgraciadamente no será él, sino su contemporáneo René Descartes, quien haga carrera en Occidente.

Para Descartes, el corazón no presenta ningún interés, porque es incapaz de demostrar *matemáticamente* la veracidad de sus certezas. Para el filósofo solo cuenta la razón, más exactamente la razón *matemática*. Con Descartes caemos en el fanatismo racionalista. Si Platón y Aristóteles no «descubrieron» el corazón, Descartes lo descubrió... para inmediatamente enterrarlo.

4. Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, Libro 1.

Sea como fuere, parece que Occidente ha subrayado la importancia de la inteligencia y de la voluntad en la vida del hombre, y que Oriente ha dirigido su atención sobre todo al corazón. Eso explica por qué Occidente ha acusado frecuentemente a Oriente de sentimentalismo, mientras que Oriente ha reprochado por su parte a Occidente su racionalismo y su voluntarismo. Es evidente sin embargo que cualquiera de estos enfoques es falso si desconoce un hecho elemental: el corazón, la inteligencia y la voluntad solo pueden funcionar si van a la par. Solo se puede hacer el bien con un corazón puro, una inteligencia iluminada y una voluntad fuerte.

